



ESPEJISMO DE AMOR

Esta cinta es el relato de la vida de una mujer, en una sociedad a la que cada día es más difícil disfrazar de perfecta. El nudo de la cuestión es el conocido problema de la muchacha pobre que se enamora de un señorito de la aristocracia, dispuesto a desprenderse de sus orígenes, pero débil e indeciso para lograrlo. No falta, como es natural, la escena crítica donde la niña plebeya, buena y digna, se enfrenta con los estrados representantes de la aristocracia, para decirles, con frases duras y ardientes, todas las desventajas de una sangre azul conservada en cómodos y reluctantes invernaderos, frente a una impetuosa sangre roja proyectada hacia el futuro y desdeñosa de todos los abolengos. Lo malo es que en esta película la escena, que por otra parte da a Ginger Rogers la oportunidad de desarrollar sus espléndidas cualidades de actriz dramática, es entre un pasado más o menos remoto y futuro que no tiene nada de tal. La familia del novio, del elegante y falsamente insumiso Win, es en efecto un ramillete agonizante de la vieja aristocracia de Filadelfia, una familia de viejos banqueros bebedores de té y productores de hijos bien peinados y de muchachas inútiles; pero Kitty Foyle no es precisamente la representante de ningún porvenir auténtico; lo que se hace representar a Ginger Rogers como futuro no es más que un presente más o menos en trance de dejar de serlo: Kitty Foyle es la muchacha mecanógrafa que lo espera todo de este mundo, precisamente de éste al que se trata de hacer aparecer aún, colmado de posibilidades y esperanzas, en el que se quiere hacer suponer—basta un poco de amor desinteresado y sincero y una tesonera voluntad de trabajar para encontrarlo inmejorable.

Esta es la trampa de la película. Se desea aprovechar una crítica, indiscutiblemente certera, pero deliberadamente parcial y unilateral, a una aristocracia intransigente de tipo que ya casi no existe, para emplear esa censura como trampolín que arroja más fácilmente al muella tapete de las esperanzas en este plácido mundo. Kitty Foyle es, por esa circunstancia, una falsa heroína, una heroína artificial, que representa el término equivocado de un conflicto que se ha planteado deliberadamente de una mala manera. La oposición entre la familia

aristocrática de Win y el origen popular de Kitty no existe, porque Kitty representa la fe en una situación que no tiene nada que proyectar hacia el futuro. El argumento de la película es en el fondo, una nueva golosina para el engaño del pueblo que concurre a los cinematógrafos. "Espejismo de Amor" es una de tantas cintas disfrazadas majosamente con tendencias progresistas, para llegar más fácilmente a su fin de equivocar a adormecer las conciencias. Pero no hay que dejarse engañar: se trata de la hábil divulgación de una tesis partidaria del pasado, de un presente que ya debería ser pretérito; pero al que los productores cinematográficos le añaden, falsamente, disfrazadas proyecciones hacia el futuro.

No hay que olvidar, además, que la obra principia con un curioso prólogo, desde otro punto de vista muy bien realizado, y un epígrafe literario, que tratan de ser una censura de ciertas actividades femeninas en campos que se suponen vedados como la política y la producción económica. Trata de afirmarse ahí que la mujer suele encontrar vacío su corazón desde que comparte con el hombre una serie de responsabilidades, cuando lo que debiera acentuarse es que comparte una gran cantidad de formas de sufrir la explotación económica.

Por lo demás, el cronista no tiene ningún inconveniente en reconocer que "Espejismo de Amor" es una buena película, con aciertos indiscutibles, con bellas realizaciones plásticas y sonoras, con hábiles correspondencias entre la música, la acción y la fotografía. No hay para qué negar que el lenguaje fotográfico de "Espejismo de Amor"—esencia de toda película de primera calidad—es de rango superior, lenguaje que hacía ya mucho tiempo que no se advertía en una obra de Hollywood. Lo mismo que sería absurdo omitir un elogio por la actuación dramática de Ginger Rogers, tan poco conocida en este aspecto. La técnica de la cinta para hacer manifiesta lo que llamaríamos, repitiendo una cursilería, la voz de la conciencia, recuerda los procedimientos empleados ya para traducir al cine alguna obra de O'Neill; pero está desmenuada con decoro y con eficacia artística. La dirección es impecable.

Lo malo es que los traductores de títulos han hecho otra nueva víctima al bautizar a esta cinta en castellano con una frase sacada, nada menos que de Agustín Lara, de quien todos sabemos hace tiempo que es una especie de Alfonso Junco de la música.

Pero así como no hay que olvidar que la película es buena, hay que advertir que su final encierra una solución tan engañosa como toda la película: Kitty cree decidirse por el futuro, pero la verdad es que se queda en el pasado.

MADRE CONTRA HIJA

Cierto público mexicano necesita que le anuncien las películas con promesas más o menos sicalíticas. Es generalmente ese público compuesto por los señores que van al primer piso de Bellas Artes y que salen precipitadamente de la función del Ballet, luego que todos sus amigos los han visto, para llegar a tiempo a la última tanda del Apolo. Esto ha hecho concebir a algunos empresarios la idea de hacer de todo el público de la ciudad de México—y de la República si se puede—un conjunto similar de devotos de la procaacidad y la indecencia, devotos que no concurrirían seguramente al Ballet, porque ni tienen interés en que se les vea ahí, ni mucho menos dinero para pagar los inaccesibles espectáculos que Bellas Artes PROPORCIONA al pueblo de México; pero que llenarían los bolsillos de los empresarios de indecencias que en México abundan, por cierto. Seguramente por esta circunstancia,

se ha anunciado insistentemente este mamarracho cinematográfico, con la malicia velada con que se anuncian los espectáculos procaces. Lo cierto es que es una película del peor gusto, del tipo de ciertas cintas educativas que se hacen en los Estados Unidos para curar, como si dijéramos, la sífilis con talco boratado. Esto es, para curar ciertas lacras de moral social de puras raíces económicas, con consejos y sermones de Salvation Army. Aunque también es posible—¿qué cosa no será ya posible para los productores del cine comercial?—, que se trate de una película con disfraz educativo para poder presentar escenas de cierta temperatura que aunque ya sólo conmueven a los incantados, no dejan de tener su público amplio y por consiguiente sus grandes rendimientos mercantiles. Lo bueno de esta película es que muestra, aunque sea por contrapartida, la corrupción del capitalismo yanqui.

UN VIAJE MAS a YUCATAN

(Viene de la pág. 3).

ayuda de Yucatán, hayan por fuerza, como quiere el Secretario de Agricultura hacer creer, de tardarse varios años para dejar sentir sus primeros efectos.

No es verdad, tampoco, que "la corriente de optimismo y de confianza que se espera crear en el pueblo de Yucatán, probablemente bastarán para que la situación de la Entidad se alivie mucho antes de que comiencen a recogerse los frutos de la política que se piensa recomendar".

Es decir, no es verdad que los remedios efectivos tengan que ser lentos por necesidad, hasta demorarse años enteros, en tanto que las soluciones hayan de esperarse por el sendero de la mágica palabra "confianza". Tras de esos enunciados no hay sino la preparación de la peor política que el gobierno federal puede seguir en Yucatán: la de no hacer nada.

Porque los problemas abordables de inmediato ahí están. Se tropieza uno con ellos. Son numerosos, vitales para el Estado y capaces de modificar, al ser resueltos inteligentemente, la economía general de la región. Pero suponen que el gobierno enfo-

que sus recursos hacia allá, y se desentienda de falsas necesidades nacionales, hijas de tendencias bélicas absurdas, o de retrógrada noción social. Suponen, asimismo, que de una vez por todas se acabe la estúpida agitación que ahora va a renacer, sobre si es o no conveniente devolver a los antiguos latifundistas las fincas expropiadas. Suponen, por último, un saneamiento implacable del aparato directivo y de administración de los intereses ejidales.

Si en vez de eso se sigue dando preferencia al turismo y sus ostentosas exigencias, si se continúa en el inverosímil intento de hacer de México una potencia militar, si se construyen carreteras estratégicas y bases navales y múltiples campos de aviación y astilleros militares y se compran aviones y barcos y se convierte al país entero en una gran fortaleza continental, inexpugnable por el oriente y el poniente, pero abierta de norte a sur sin restricción alguna; habrá que esperar en efecto varios años, como lo prevé el Secretario de Agricultura, para que la economía de los campesinos yucatecos mejore.

Pero entonces, la salvación vendrá por otro lado.

co. Pasaba de accesos de alegría a periodos de depresión. En ocasiones se consideraba a sí mismo un pequeño Napoleón, un hombre superior aunque de baja estatura, en tanto que otras veces se mostraba abatido y acobardado. Como buen hijo de campesino, es tacaño en grado sumo y de criterio muy estrecho.

Siempre me impresionó el aire de mediocridad que tenía Daladier. Muchas veces le ví, pero no recuerdo haberle oído nunca ninguna frase penetrante, o una fórmula que expresara el meollo de una cuestión.

Hasta sus adláteros lo consideraban mediocre. Recuerdo que en una ocasión comí en la misma mesa que Alberto Chichery, diputado radical-socialista, que durante el primer gobierno de Daladier fué jefe del grupo radical en la Cámara. Chichery hablaba de Daladier en un tono desdeñoso. "No le confiaría el manejo de mi fábrica" aseguró en presencia de una docena de personas—lo cual no fué obstáculo para que sí le confiara los destinos de Francia.

En otra ocasión ví a Daladier rodeado de diputados que le hacían notar los efectos de la propaganda nazi en Francia y solicitaban medidas energéticas en respuesta. "Muy bien", les dijo, "pensaré esta cuestión. Pero ustedes exageran. A los franceses no se les puede engañar con propaganda. Esa es una invención de ciertos salones literarios." Tal era el criterio de un provinciano, que en realidad no dominaba el ambiente de París ni llegó a sentirse a gusto en él.

En cierta ocasión, Clemenceau dijo que tenía horror por los filisteos, porque eran los seres humanos más insinceros. Esto es aplicable a Daladier. Aunque daba una impresión de franqueza y autenticidad, sin duda era uno de los zorros más astutos de la política francesa, y mucho de lo que logró para sí, fué simple producto de su socarronería.

Su recurso favorito era echar la culpa a otro. Cuando la guerra civil de España, se expresó Daladier varias veces en mi presencia en forma favorable al gobierno español. Afirmaba que él habría facilitado armas, si no fuera por la presión de Leon Blum que le impedía hacerlo. Pero cuando llegó a Primer Ministro, uno de sus primeros actos fué cerrar la frontera franco-española herméticamente, a fin de que no pasara ni una caja de armamento ruso destinada al gobierno español.

Alguna vez le oí echar pestes contra Georges Bonnet, que en 1938 fué su Ministro de Negocios Extranjeros, y le gustaba decir dramáticamente que lo iba a correr dentro de veinticuatro horas. Bonnet, sin embargo, permaneció en el ministerio de Negocios Extranjeros durante año y medio. Daladier se denominaba a sí mismo "el último jacobino", pero no tenía ni el fuego ni las convicciones sinceras de los jacobinos. Su elocuencia culminaba en aquello de "Francia, la última trinchera de la libertad"; pero fué él quien la entregó al enemigo. Uno de los más destacados críticos políticos de Francia le llamó una vez "comediante siniestro". Pienso que es merecida y correcta esa manera de juzgar a Eduardo Daladier.

LOS DOS EDUARDOS

El gabinete Laval fué el cuarto derribado por Eduardo Herriot en el curso de su carrera política. En él representaba al partido Radical-Socialista, que, debemos repetir, era un moderado partido del centro, nada radical, ni mucho menos socialista. Todos los radicales, como el propio Herriot, estaban viejos, enmohecidos y ansiosos de una vida cómoda.

En diciembre de 1935, cuando Samuel Hoare se vió obligado a renunciar en Inglaterra, Herriot se separó de la presidencia del partido Radical-Socialista, que había ocupado durante muchos años. No era un político que simpatizara especialmente con el frente popular. El último 14 de julio, los radical-socialistas de Lyon no habían acompañado a los socialistas y los comunistas en la manifestación. Herriot, alcalde de esa ciudad, había ordenado que se abstuvieran. En cambio, ahora, Herriot pensaba que era llegado el momento de que Eduardo Daladier, líder del ala radical-socialista que apoyaba la idea del frente popular, asumiera la presidencia del partido.

Daladier había sido discípulo de Herriot, primero en la escuela y después en la política, pero hacia 1928 surgió una discrepancia entre ellos, pues Daladier, empujado por su ambición, se lanzó a la conquista de la dirección del partido. De ahí que cuando llegó a Primer Ministro, Herriot lo viera con gran desconfianza.

Las rivalidades entre estos dos políticos influyeron poderosamente en los destinos del partido Radical-Socialista. A partir de 1933, nunca coincidieron en cuestiones de política exterior ni en problemas domésticos. Los motines de febrero, después de un eclipse temporal, habían empujado a Daladier más hacia la izquierda, hasta convertirlo en sostenedor abierto del frente popular. Su lema era: "¡Si hay problema, hay que irse a la izquierda!" Pero más tarde, cuando abiertamente se encaminó en sentido contrario, a quien empujaron los acontecimientos hacia la izquierda fué a Herriot, de tal suerte que durante casi un año entero pareció como si hubiesen cambiado de máscara entre sí.

La lucha política de Francia mostró la terrible ineptitud de ambos en los momentos de crisis. Los dos, tan diferentes en carácter, reacciones y modo de pensar, tenían un denominador común fatal: la debilidad. Es que ambos eran radical-socialistas, lo que en último análisis ilustra mucho más sobre ellos que largas biografías o estudios psicológicos.

En su apariencia externa, estos dos enemigos—que seguían tratándose amistosamente—casi no tenían nada de común.

Herriot es salido de una familia de oficiales del ejército, por más que de su físico nada recuerda a un soldado. Tiene vientre y cabeza de enormes proporciones y ojos pequeños pero de mirada fina y penetrante. La pipa de Herriot, colgada entre sus gruesos labios carnosos es famosa en toda Francia. Su voz conoce todos los registros y efectos; su talento oratorio no es inferior al de nadie, en la historia parlamentaria contemporánea. Cuando subía a la tribuna en una convención del partido Radical-Socialista, era capaz de hacer llorar a los asistentes, desternillarlos de risa, o arrastrarlos a un entusiasmo desenfrenado. Durante quince años, lo mismo en sentido figurado que literalmente, presidió con su estatura, todos los congresos del partido. Sabía el arte de empujarle en la dirección que le convenía, lo mismo a la derecha que a la izquierda, y cuando fallaba su elocuencia, montaba en cólera y amenazaba con renunciar. Una convención